

Discurso de Bienvenida

Beatriz Janin

Tengo el honor de presidir este Simposio y de darles la bienvenida a todos ustedes. Estoy muy contenta, porque la respuesta a la convocatoria ha sido excelente, porque tenemos hoy aquí con nosotros colegas de todo el país y de otros países, y porque esto significa que vamos a aprender mucho y a compartir experiencias.

Hemos llegado hasta aquí con trabajo, esfuerzo y muchas ganas y esperamos que sea el inicio de un camino a transitar juntos, promoviendo ideas y acciones que ayuden al conjunto de los niños.

Somos un grupo de psicólogos, pediatras, neurólogos, psicoanalistas, psiquiatras, lic. en ciencias de la educación, psicopedagogos, que compartimos una posición ética.

La gente de Noveduc nos ha ayudado muchísimo en el armado de este encuentro y en la difusión de nuestras ideas.

Este Simposio tiene una historia. Desde hace quince años, un equipo de psicoanalistas venimos trabajando en la Especialización en Psicoanálisis con niños, preguntándonos sobre las condiciones que inciden en la generación de las dificultades infantiles y sobre los modos de abordaje de las mismas. En ese marco, y a partir de la clínica, fuimos trabajando estos temas. Jornadas de la Especialización, Jornadas del Foro de Instituciones de Profesionales de Salud Mental, un panel en jornadas del Congreso de la Nación, conferencias y encuentros en hospitales y escuelas fueron marcando un camino. Camino que derivó en que, hace tres años, la Editorial Noveduc me convocara para escribir un libro sobre el tema del llamado Trastorno por Déficit de Atención, lo que hice con otros profesionales.

Este libro tuvo consecuencias inesperadas. A partir de su publicación, recibí diferentes pedidos de que “hiciera algo” para frenar la medicalización de la infancia. Así, con Mabel Rodríguez Ponte y Rosa Silver, tuvimos hace más de dos años una entrevista con funcionarios del Ministerio de Salud en la que nos comprometimos a elaborar un Consenso de Expertos con profesionales de diferentes disciplinas. Este Consenso, que ustedes tienen en sus manos en este momento y al que pueden adherir llenando un formulario que está en la carpeta, fue redactado, gracias a la magia de Internet, con la participación de Silvia Bleichmar, Marisa y Ricardo Rodulfo, Jaime Tallis, Sara Slapak, Juan Carlos Volnovich, Leon Benasayag, Gisela Untoiglich, Alicia Fernandez, profesionales de España (Manuel Hernanz), Suiza (Miriam Fridman) e Italia (Mercedes Lugones) por nombrar sólo a algunas de las 200 personas que participaron en su redacción. Y fue firmado luego por cerca de dos mil profesionales de la salud y la educación del país y de otros países y avalado por muchas instituciones de profesionales. Fue traducido hasta ahora al francés y al italiano y está circulando en España, Francia, Suiza, Bélgica, Italia, México, Brasil, Uruguay, etc.

Gracias al Consenso, muchas personas preocupadas por el tema intercambiamos ideas y así surgió la idea de este Simposio. Esta idea nos llevó a formar un equipo de profesionales de diferentes especialidades que, desde hace un año y medio, venimos trabajando en conjunto. Pensando que teníamos que hacer algo a nivel de políticas públicas, nos reunimos con Daniel Filmus y con Alejandra Birgin, llegando a la realización de un Documento conjunto con el Ministerio de Educación, con la Dirección de Minoridad y familia del Ministerio de Salud y con funcionarios de la ANMAT. Además, hemos realizado infinidad de charlas en hospitales, escuelas y universidades.

¿Por qué tantas disciplinas reunidas? Porque pensar la constitución de la subjetividad implica ubicar una encrucijada de determinaciones. No es una tarea simple. Son tantos los entrecruzamientos, los avatares posibles, que se convierte, necesariamente, en una tarea colectiva.

De lo que tratamos en el Simposio no fue solamente de los niños desatentos e hiperactivos que son rotulados como ADD o ADHD, sino de toda la problemática de la infancia a la que se trata de catalogar como “patológica” en tanto no responde a determinadas exigencias. El objetivo es devolverle a la infancia la idea de transición, de pasaje hacia el futuro.

Ser niño, ser adolescente ... no son ni han sido nunca empresas fáciles.

Todos nosotros sabemos que la infancia no es esa época idílica y sin problemas con la que fantaseamos los adultos, sino un período de grandes convulsiones, de pasiones intensas, de miedos y sobresaltos... Y que la adolescencia es una edad de terremotos, de crisis y duelos, de despedidas y encuentros...

Son momentos de crecimiento, de adquisiciones nuevas, en los que el soporte de los adultos es fundamental. Pero si los adultos no pueden marcar hacia dónde ir, los niños pueden moverse sin rumbo, sin poder organizar un trayecto coherente. Y golpearse contra las paredes.

La subjetividad se construye en un trípode en el que inciden lo legado por las otras generaciones (biológico y cultural), la historia de cada uno y los sucesos actuales.

Y pensar estas cuestiones es un desafío, porque niños, padres, maestros, profesionales, estamos atravesados por los paradigmas de la época. Todos quedamos apresados en las redes de lo que se debe ser, de la aceleración, del mercantilismo, de la imagen... Todos vivimos en un mundo en el que los valores predominantes suelen ser la apariencia y el dinero y en el que todo es urgente y no hay tiempo para los vínculos.

A la vez, la exclusión social no sólo excluye a un sector sino que deja con posibilidades de ser excluido a todos. El temor de “quedar afuera del mundo” está generalizado. Y considero que es una de las cuestiones que está en juego cuando el fracaso escolar aparece como aquello terrorífico que hay que resolver “ya”, sin dar tiempo, sin respetar tiempos. La idea es que un niño puede quedar “afuera” (“si repito me tengo que cambiar de escuela”, dicen muchos niños). Y que eso implica “quedar afuera” del mundo.

¿Qué ocurre con los niños y los adolescentes cuando todo se mide con la vara de la “productividad”?

¿No quedarán los niños desamparados cuando suponemos que tienen que poder lo que no pueden y tienen que “producir” desde pequeños?

¿Cómo incide la cultura del “ya-ahora”, del éxito fácil?

Pensamos que las dificultades actuales de los niños y adolescentes, sus angustias y temores, los modos en que nos interpelan, sólo pueden ser pensados desde la complejidad de las determinaciones, ubicando la infancia en un contexto más amplio, rescatando la subjetividad.

Por el contrario, en los últimos años, nos encontramos con un afán de diagnosticar de un modo categórico, usando clasificaciones más que conceptos, sin escuchar a los niños y sin interrogarse sobre las determinaciones. Hay una simplificación, un “achatamiento” de las problemáticas que nos viene llamando la atención. Se atribuyen todas las manifestaciones infantiles a causas genéticas, neurológicas, desconociendo años de investigación y de construcción de conocimientos que plantean que es fundamental tener en cuenta el contexto en la constitución subjetiva y que las adquisiciones se construyen en una historia. Historia que es, siempre, muchas historias.

He visto niños que habían sido diagnosticados como “deficitarios” por jugar en clase, o por tener dificultades para aceptar las normas escolares, o

porque estaban tristes, otros que no soportaban enfrentar tareas en las que sentían que podían fracasar, o que estaban pendientes de la aprobación de los adultos y también niños que mostraban serios problemas de desorganización del pensamiento. Todos fueron catalogados del mismo modo y se les indicó medicación. A todos se los ubicó como “enfermos” por un hablar “de más”, moverse “de más”, no hacer lo que se le pide en el momento en que se le pide, en niños generalmente pequeños.

El reduccionismo biologicista ubica como “discapacitado”, como determinado desde siempre y de por vida, a un sujeto en crecimiento.

Si la infancia es el tiempo en que todos los caminos están abiertos, un diagnóstico “para siempre” arrasa las posibilidades de cambio, deja coagulado en el tiempo dificultades que suelen ser transitorias.

Diagnosticar a un niño como portador de un déficit es anularlo como sujeto en crecimiento y medicarlo de acuerdo a las necesidades de los adultos es un acto de violencia.

Es una doble violencia:

- 1) las condiciones sociales, así como las dificultades de los adultos para contener a los niños, favorecen nuevos modos de expresión de la angustia, con un predominio de patologías que son claramente vinculares (se dan con otro al que convocan y molestan)
- 2) se los diagnostica como “deficitarios”, sin escuchar su sufrimiento, sin registrar lo singular de sus padecimientos y se los medica para silenciarlos y aquietarlos.

Cuando se clasifica a un niño, considerando que es así desde siempre y que será así siempre, se lo priva de su historia y se le coarta el futuro. Y cuando se lo medica para que se adecue a lo esperable, se lo intenta transformar en un robot al servicio de intereses que lo desconocen como sujeto.

Estamos hoy librando una batalla. No sólo contra aquellos laboratorios a los que solo les interesa vender, sino también contra todos los que se

olvidaron que la infancia es un momento de pasaje, un tiempo de adquisiciones (tiempo que siempre tiene algo de destiempo), en el que se está sujeto a los avatares de los otros.

Tener en cuenta la singularidad, la diversidad, pero además y sobre todo, plantearnos que cada niño que sufre, cada niño que se mueve sin rumbo, que fracasa en la escuela, que no atiende a nuestras palabras o que responde impulsivamente a cada estímulo, nos está interpelando a todos, nos plantea a todos nosotros algo de nuestra “discapacidad”, nos cuenta algo de lo que no vemos, no sabemos, no estamos teniendo en cuenta. Es decir, abre preguntas. Y que este no es un tema que pueda resolver uno solo, sino que es una tarea colectiva, en la que es necesario replantearse la idea de normalidad, de infancia, de educación, de valores sociales.

Sobre todas estas cuestiones vamos a trabajar durante estos dos días.

Quiero agradecer a todos los integrantes del Comité Organizador y del Comité Científico el nivel de compromiso, de entrega, que ha sido extraordinario.

Y quiero terminar con una cita de Edgar Morin: “Yo creo profundamente que cuanto menos mutilante sea un pensamiento, menos mutilará a los humanos. Hay que recordar las ruinas que las visiones simplificantes han producido, no solamente en el mundo intelectual, sino también en la vida. Suficientes sufrimientos aquejaron a millones de seres como resultado de los efectos del pensamiento parcial y unidimensional.”

Pensar las potencialidades y las dificultades de los niños y adolescentes de hoy en día no es tarea fácil. Les propongo enfrentar el desafío y, con perseverancia y pasión, trabajar juntos, teniendo en cuenta la complejidad de las determinaciones de toda conducta humana.

Rescatemos la idea de futuro, defendamos la esperanza y abramos caminos a todos los niños y adolescentes.

Beatriz Janin